

ÍNDICE

| | |
|-------------------------------------------------------------|----|
| EL JARDÍN CURIOSO DE MATILDE DE LA TORRE. BREVE PROLEGÓMENO | 9 |
| MATILDE DE LA TORRE, APROXIMACIÓN BIOGRÁFICA | 10 |
| <i>JARDÍN DE DAMAS CURIOSAS</i> | 15 |
| LA CUESTIÓN FEMENINA | 19 |
| OBRAS CITADAS | 23 |
| OTRA BIBLIOGRAFÍA SOBRE MATILDE DE LA TORRE | 26 |
| NUESTRA EDICIÓN | 29 |

JARDÍN DE DAMAS CURIOSAS

| | |
|-------|-----|
| I | 33 |
| II | 53 |
| III | 69 |
| IV | 79 |
| V | 89 |
| VI | 101 |
| VII | 110 |
| VIII | 120 |
| IX | 132 |
| X | 142 |
| XI | 154 |
| XII | 158 |
| XIII | 176 |
| XIV | 190 |
| XV | 199 |
| XVI | 206 |
| XVII | 216 |
| XVIII | 228 |
| XIX | 240 |
| XX | 255 |
| XXI | 268 |
| XXII | 282 |

EL JARDÍN CURIOSO DE MATILDE DE LA TORRE

BREVE PROLEGÓMENO

La última década, puede decirse sin caer en la hipérbole, ha supuesto un espaldarazo para la difusión y el análisis de la creación cultural realizada por mujeres en España. Es el resultado de muchos años previos y solo un hito más dentro de una trayectoria ascendente que tiene visos de dar mayores resultados en un futuro próximo.

En el caso de la literatura, Zavala se proponía allá por 1993 “*descolonizar el canon del patriarcado*” (28). Esta operación se lleva a cabo incluso desde fechas anteriores, pero ha sido en los últimos diez años cuando ha ganado una proyección y visibilidad sobresaliente. Proyectos educativos, documentales, ciclos de conferencias y congresos o publicaciones académicas y divulgativas han abundado en la literatura española escrita por mujeres. Dentro de estas iniciativas, tiene crucial importancia la reedición de obras con autoría femenina. No solo permiten la entrada a una producción literaria muchas veces de difícil acceso y la ponen a disposición del gran público, sobre todo constituyen, reelaborando a Zavala, una reestructuración del canon que era urgente e ineludible.

Con este espíritu y con semejante objetivo descolonizador se presenta esta reedición de *Jardín de damas curiosas*, primera desde su publicación original en 1917. No pretende ser una disección minuciosa de la misma, más bien un pórtico de entrada y una presentación, aunque no renuncia al rigor académico. Su finalidad principal es poner una novela muy poco accesible en manos de las lectoras y los lectores actuales, pero también ofrecer un texto que permita su posterior investigación detallada.

A este fin se une la voluntad de recuperar a la escritora (además de política, educadora, agitadora cultural, folklorista,

entre otras muchas facetas) Matilde de la Torre (1884-1946). El paulatino rescate de escritoras, muchas de ellas de la Edad de Plata en su máxima extensión (1868-1939) y de la posguerra, había obviado su figura, a veces ni siquiera mencionada al abordar a sus parientes Consuelo Berges y María Blanchard. Las revisiones críticas anteriores a la obra de de la Torre han aparecido de manera puntual y esparcidas en el tiempo, si bien el creciente interés es prometedor y cada vez más profundo. Esta reedición busca contribuir a esta situación de revalorización con el ánimo de abrir campo a futuros acercamientos a esta novela epistolar.

MATILDE DE LA TORRE, APROXIMACIÓN BIOGRÁFICA

La destrucción de su casa, y con ella buena parte de su legado, en agosto de 1937 (Calderón 8), otro de los muchos desastres de la Guerra Civil, ha privado a biógrafos y estudiosos de mucha información en torno a Matilde de la Torre Gutiérrez¹. Si bien la reconstrucción biográfica es una más de las tareas pendientes², lo conservado sí permite hablar de

¹ El reciente hallazgo en el Centro Documental de la Memoria Histórica (Salamanca) de la documentación que los Nacionales incautaron en el domicilio de la escritora (conferencias, epistolario, artículos, etc.) por parte del editor, como anunció en sus redes sociales personales (@luispcordero), abre nuevas vías de estudio a este vacío.

² A día de hoy solo se puede hablar de una biografía, la de Calderón, si bien es un estudio en el que se mezcla la vida con el análisis de su obra. Saiz Vaidero, en sus numerosos escritos, ha dejado abundante material para la reconstrucción biográfica, destacando su introducción a *Mares en la sombra*. Por la destrucción mencionada, reconstruir la vida de de la Torre hasta 1939 será una misión complicada que requerirá una labor ingente de rastreo hemerográfico. Algo más conocidos son los últimos años de su vida durante la Guerra Civil y en el exilio, sobre los que pueden consultarse las investigaciones de Aguilera Sastre (“Algunas luces”), De Hoyos Puente (“La evolución”; “Montañeses socialistas”), Domínguez Prats, Trueba Mira y Vilches de Frutos (“Matilde de la Torre”). Están disponibles algunas breves reseñas biográficas en línea en el *Diccionario biográfico español de la Real Academia de la Historia* (<https://dbe.rah.es/biografias/8861/matilde-de-la-torre-gutierrez>) y en el *Diccionario biográfico de la Fundación Pablo Iglesias* (<https://fpabloiglesias.es/entrada-db/torre-gutierrez-cueto-matilde-de-la/>), si bien la entrada más dilatada y

una vida ajetreada, activa y llena de vicisitudes. También de una mujer de un carácter fuerte, un compromiso social firme y una educación y sensibilidad cultural excepcionales.

Nacida en la villa cántabra de Cabezón de la Sal el 14 de marzo de 1884³, se cría en una familia ilustrada y burguesa. Una revisión de su parentela ayuda a hacerse una idea más clara de su entorno. Por parte de madre, desciende de la saga Gutiérrez Cueto, rama que será fundamental hasta el final de su vida de forma literal (uno de sus apoyos en el exilio mexicano serán los Gutiérrez que allí moraban). Nieta de Cástor Gutiérrez de la Torre, fundador de *La Abeja Montañesa*, recibe del abuelo un legado como periodista que comparte con otros miembros de la familia, como Enrique Gutiérrez Cueto, director de *El Atlántico*. A la misma genealogía de los Gutiérrez pertenecen las ya mentadas Consuelo Berges, intelectual y traductora, y la pintora María (Gutiérrez) Blanchard, sobre cuya influencia en el *Jardín* se hablará más adelante.

Como familia política, emparenta con Concha Espina, casada con Ramón de la Serna, primo de su madre (Calderón 28-29), y por tanto con su hija Josefina de la Maza. Tanto la peculiar autobiografía de Espina, *Esclavitud y libertad. Diario de una prisionera* (1938), un ejemplo claro de cómo la candidata al Nobel desprestigió a de la Torre, como la bio-

completa se halla en el *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939* (Álvarez y López García 470-474), coordinado por Aznar Soler y López García.

³ Se ha dado en escritos anteriores el año de 1864 como el de su natalicio. En los 80, dentro de la biografía que dedica a la cabezoní Calderón (8), se confirmó con la partida de nacimiento 1884 como el año de nacimiento de la escritora. Asimismo, según consta en la partida de bautismo del libro de bautizados (años 1857-1885) de la parroquia de san Martín de Cabezón la Sal (signatura 02871, folios 367r y 367v), Matilde de la Torre recibió las aguas el 17 de marzo de 1884, lo cual confirma este como su año de nacimiento. A esto puede añadirse la necrológica que a su muerte le dedica la edición mexicana de *El Socialista* ("Matilde de la Torre" 1), donde se indica que para 1946 había cumplido los 60 años (en realidad 62), por lo que 1884, y no 1864, debe tomarse como fecha correcta.

grafía *Vida de mi madre*, Concha Espina (1957) que firma de la Maza, siguen siendo dos fuentes documentales de primera mano para conocer algunos detalles sobre de la Torre. Muestra todo ello y por todas las partes del caldo de cultivo intelectual en que se forma en su juventud la escritora.

El año de 1913 se convertirá en fecha clave en su vida al contraer matrimonio con un primo suyo, Sixto Gutiérrez Galloso (o Gayoso), por más señas un indiano venido del Perú con quien pasará una muy breve temporada en el país andino. En su testamento ológrafo, en el que le deshereda, argumenta que la abandonó a los quince días de casados, sin socorrerla ni ocupándose de su vida desde entonces, y señalando que lo poco que supo de él tras la separación fue para ser maltratada por escrito (1r). Calderón no aclara de todo el lance, pero fue una boda impróspera que acabó con el abandono del esposo (Calderón 36-37). De la Torre vuelve a España con un matrimonio *de iure*, pero sin ninguna aplicación práctica. La situación, que podría parecer perniciosa para el contexto histórico, se acaba probando como una liberación e inscribe a de la Torre entre otras insignes “separadas” como Emilia Pardo Bazán, Sofía Casanova, su propia pariente Espina, o, más similar a su caso, Carmen de Burgos. De manera análoga opina Saiz Viadero, para quien:

La experiencia amorosa insatisfactoria y su situación de mujer casada sin marido es lo que posiblemente arroja a Matilde de la Torre, como a tantas mujeres en su misma situación, en busca de unos horizontes más amplios que los cerrados por los prejuicios de una sociedad provinciana. Y tales horizontes, a veces, se encuentran alrededor de uno mismo, a la vera de personas que son capaces de contemplar los aspectos mundanos con una óptica diferente a la común. ([Sin título. Introducción] 10)

En esta boda infructuosa y desgraciada ve Calderón el germen de *Jardín* (37), a lo que podría añadirse más en general su despegue intelectual, que se asentará en una vasta formación autodidacta y en los estímulos familiares ya dichos. Este cimiento formativo no solo es base y aval para una de las mujeres en la nómina del Novecentismo español (Calderón 17), sino en especial crédito para poner en marcha su proyecto educativo, la Academia Torre, a la que dedicará buena parte de los años 20. Más allá de alusiones sueltas, hay pocos datos sobre la misma, a destacar que se trataba de una institución mixta de formación preuniversitaria en la que Berges aportó su título de maestra, vía de entrada a las corrientes pedagógicas de la Institución Libre de Enseñanza, que de la Torre materializó en torno a la noción clásica de la educación articulada en el eje biblioteca-jardín. Más que plausible, la misma biblioteca en que se formó y el mismo jardín que da título a su novela.

La década de los 20 es también la de su viraje ideológico a la izquierda. El contacto con las casas campesinas o con los componentes del orfeón Voces Cántabras, que ella misma fundó en 1926, le acercaron a la realidad social de las clases trabajadoras rurales, lo cual a la postre culminará con su adscripción al Partido Socialista Obrero Español en 1931. Son también años de producción ensayística, género propio de la Generación del 14, con *Don Quijote, rey de España* (1928). No obstante, donde sus digresiones encontraron mejor acomodo fue en las páginas de diferentes medios periodísticos, que están pendientes de una muy necesaria recopilación, formato que la acompañará hasta los últimos momentos de su exilio mexicano: *La Región*, *El Diario Montañés*, *La Voz de Cantabria*, *El Cantábrico*, *La Atalaya*, *El Pueblo Cántabro* o *El Socialista* fueron algunas cabeceras a las que destinó sus artículos.

Las inquietudes sociales y políticas permean paulatinamente sus escritos hasta los 30, cuando publicará *El Ágora*

(1930) y la novela social *El banquete de Saturno* (1931). Las preocupaciones sociales y tendencias políticas, lo comenta Saiz Viadero en una reflexión firmada en 1979, no fueron bien recibidas por las mujeres de derechas de su familia, que —se sobrentiende— vieron en estas simpatías un desclasamiento impropio desde su nativo entorno burgués y un rechazo a su cuna y abolengo ([Sin título. Introducción] 12-13). En este sentido, no es difícil cifrar en esta animadversión parte del ocultamiento posterior de su figura, al que se le unirían otros múltiples factores.

Son precisamente esas inquietudes las que la llevarán a colaborar activamente con el PSOE en los primeros años de la II República hasta convertirse en una de las diputadas que formaron parte de las Cortes tras las elecciones de 1933, reválidada en las de 1936, por la circunscripción de Oviedo. Dato este último que ha generado algún debate, suponiendo que la que por naturaleza le correspondía era Santander. Para Calderón, esto se debió a críticas vertidas contra dirigentes socialistas cántabros en 1931 (70). Saiz Viadero apunta a que su condición de mujer pudo ser un factor ([Sin título. Introducción] 13) y señala también, en línea con Calderón, que quizá “los dirigentes socialistas locales consideraron el suyo un temperamento demasiado independiente y conflictivo para poder representar a su propio partido en Cantabria” (*Mujer* 76). En cualquier caso, son años en los que se divide entre Asturias y Madrid, sin desatender su región natal, donde no solo mantenía su casa de Cabezón, sino donde desarrollaba parte de su actividad política e intelectual, por ejemplo con su participación en el Ateneo Popular de Santander (Vierna).

De hecho, el conflicto intestino la sorprende precisamente en Cabezón de la Sal. En septiembre de 1936 debe viajar a Madrid para ocupar el cargo de directora general de Comercio y Política Arancelaria en el gobierno de Francisco Largo Caballero. Allí asistirá a la primera de las sesiones de Cor-

tes que luego reunirá en su póstuma *Las Cortes republicanas durante la Guerra Civil* (2015). Siguiendo al Gobierno, es trasladada a Valencia y, acorde a este diario, se la puede ubicar en Sant Cugat en septiembre de 1938. El siguiente año está instalada la ciudad francesa de Marsella, donde acompaña en la enfermedad a su hermano Carlos, allí destinado como director del Banco de Comercio Exterior. Pasarán un breve periodo de tiempo en el país vecino como refugiados, donde además de artículos de prensa recogerá sus crónicas de guerra para darles forma de novela, *Mares en la sombra. Estampas de Asturias* (1940). Embarcan en junio de 1940 en el buque Cuba rumbo a Santo Domingo, donde la dictadura de Trujillo les denegará la entrada, llegando a México por el puerto de Veracruz.

En el país azteca se instala en Cuernavaca, donde subsiste gracias a las ayudas de los organismos creados a tal efecto y prosiguiendo con su labor cultural y política. Alineada con el negrinismo, motivo por el que será expulsada del PSOE, e integrada en el Círculo Cultural Jaime Vera (De Hoyos Puente, “La evolución” 319), pasó los últimos seis años de su vida en el exilio, apoyando la causa republicana y esperando la restitución de la democracia en España. Sus restos reposan en el Panteón Español del Distrito Federal sin haber sido aún repatriados. Sí se ha recuperado parte de su legado en el exilio, gracias a la familia de Ramón Lamonedá, custodiado en el archivo de la Fundación Pablo Iglesias. No será hasta 2009 que, junto con los demás negrinistas defenestrados en 1946, sea readmitida a la disciplina del Partido. Un mínimo gesto político que precisa de una restitución mayor y más amplia.

JARDÍN DE DAMAS CURIOSAS

La publicación en 1917 de *Jardín de damas curiosas* bajo el sello de Mundo Latino, como se aprecia en la contracubierta,

en la madrileña Imprenta de Juan Pueyo, suponía la primera incursión literaria en formato libro para de la Torre. Martínez Cerezo señala que tal vez se la costeara la propia escritora o, incluso, que pudo interceder Espina, con quien todavía se encontraba en buenos términos y en cuya casa solía hospedarse. Más allá de esta anécdota, prosiguiendo con Martínez Cerezo, la novela no gozó del éxito esperado, ni de la Torre la menciona con frecuencia posteriormente, por lo cual puede considerarse que el editor de *Don Quijote, rey de España* atina al juzgar la obra como un error de juventud (Estudio preliminar 11-13). Es más, se sabe por una carta de 1926 dirigida al bibliotecario Miguel Artigas que repudió su propia novela (Saiz Viadero, Introducción 35).

Cabría preguntarse cuál es, por tanto, el interés en recuperar un texto que en su día fue un fracaso desdeñado por la propia autora. La respuesta es sencilla. En primer lugar, como un reflejo del interés de la época por el feminismo o, en sus términos, la cuestión femenina. En este caso concreto, aporta una perspectiva de corte algo más conservador, que Saiz Viadero achaca a su origen elitista (Introducción 35), menos usual, pero que aborda las cuestiones candentes del momento: el matrimonio, la emancipación, la participación en la vida pública y política, la maternidad, la equiparación social de los sexos y un largo etcétera. Mismos temas que reaparecerán en 1919 en el fundamental *La condición social de la mujer en España*, de la que acabará siendo su amiga y compañera en el hemicycle, Margarita Nelken. En segundo, como herramienta para entender mejor la evolución operada por de la Torre en torno al feminismo, desde posiciones celebradoras de la incorporación de la mujer a la esfera pública con cierto sesgo conservador, hasta la adopción de posturas más progresistas en torno al mismo, razón por la que Saiz Viadero señala que pueden apreciarse opiniones antagónicas entre su juvenilia y los escritos de madurez (Introducción

35). Por último, como un documento de indudable interés político que aproxima al lector a las tendencias de primeros del XX sobre la *res publica* y permite comprender mejor el proceso vital de evolución desde un entorno burgués hasta el socialismo.

El texto se construye como una novela epistolar, lo cual permite a de la Torre colocarse en un punto medio entre el ensayo, ya se ha dicho, abundante en la Generación del 14, y la novela. Las veintidós cartas que la conforman son el instrumento perfecto para exponer sus ideas sobre el feminismo, entre otros asuntos, de tal manera que pueda permitirse un grado amplio de titubeo. Así, frente al carácter más taxativo que uno esperaría de un ensayo, la novelización de su opinión le permite una reflexión más fluida, flexible y abierta al cambio. La voz narrativa la ostenta la tía Pulqueria, ¿una alusión a la emperatriz bizantina?, en quien Calderón ve al *alter ego* de Matilde de la Torre (37), cuyas cartas son las únicas que se ofrecen al lector. Estas sí recogen parte de las respuestas de sus sobrinos, con los que entabla esta secuencia epistolar. Los sobrinos, que incluyen la perspectiva masculina y femenina, encarnan una generación más joven, de manera que el intercambio generacional de ideas hace avanzar la escasa trama. De esta manera, la de la Torre escritora empírica, con 33 años, dispone un juego literario en el que se convierte a través de su sosias Pulqueria en una mujer que aún no tiene los 60, dice la novela, que le permite ese debate entre generaciones. No puede descartarse que la novela sea un reflejo de las conversaciones entre de la Torre y Blanchard (Calderón 27-28), más teniendo en cuenta que el título se toma prestado del retrato de dos mujeres en un jardín realizado seis años antes por la pintora santanderina. En suma, se propone leer el *Jardín* no como un mero ensayo novelizado, sino como un debate en sí mismo en el que la voz narrativa se permite enmiendas, concesiones, incluso, más

que contradicciones, cambios de postura. Es decir, la novela se convierte en un laboratorio para el pensamiento, el contraste de ideas, la oposición entre lo antiguo y conservador, y lo moderno.

Otro elemento crucial para una mejor comprensión del texto es su fecha de publicación, con la I Guerra Mundial (1914-1918) en pleno desarrollo. Si bien es cierto que España mantuvo una posición neutral en la contienda, el país estaba inmerso en su propio conflicto con Marruecos, la Guerra del Rif; todo ello en su conjunto agrietaba inexorablemente el régimen surgido tras la Restauración en 1874. Las noticias sobre la Gran Guerra llegaban a España, la cual será objeto de comparación recurrente en los futuros artículos publicados por de la Torre durante la Guerra Civil y la II Guerra Mundial. No debe perderse de vista que estos últimos conflictos tienen su raíz en los anteriores mentados, que en el caso español dieron pie a las dictaduras de los años 20 y primeros de los 30 y la continua inestabilidad de la República.

De esta coyuntura surgen dos temas muy visibles, aunque se entremezclen con otros como la filosofía o la religión: los problemas —políticos— de España, en gran sintonía y continuidad con las digresiones del 98 (Vilches de Frutos, “Gobierno” 94), y el pacifismo. El vínculo noventayochista debe tenerse en cuenta como germen de sus posteriores ensayos, *Don Quijote, rey de España* y *El ágora*. Una vez más, como muestra de la evolución de su pensamiento político, que centrado en España, progresa en paralelo a la historia: el Desastre, el desmoronamiento del régimen de 1874 (parejo a su paulatino interés en las diferencias sociales de clase y adhesión al socialismo), la República y, por último, la guerra y sus consecuencias. Un devenir que prueba la voluntad de de la Torre de vivir pegada a la actualidad y a los intereses de su tiempo. Merece la pena recordar que su último artículo, publicado póstumamente en la edición mexicana de *El*

Socialista (1946), abordaba un tema tan candente en su momento como los peligros de la era atómica. Texto este último con una clara lectura pacifista que estaba ya, casi treinta años antes, en *Jardín*.

No puede sorprender que su inquietud por el pacifismo surja en un contexto bélico, que por otra parte se alimenta por un marco histórico mayor caracterizado por conflictos y tensiones sociales, la guerra de 1936 y, a la postre, la II Guerra Mundial. Un asunto con una ligazón íntima al feminismo, así lo demuestra la propia de la Torre al titular “Feminismo y pacifismo” su contribución a las Primeras Jornadas Eugenésicas Españolas (1933), que en el momento de publicación de *Jardín* era todo un debate que llega hasta el presente (Thébaud 86). En este sentido, Thébaud explica como:

El derecho de las mujeres al voto, que antes de 1914 se reivindicaba al mismo tiempo como medio de promover la igualdad de todos los individuos y de permitir la prolongación social del rol materno en la lucha contra los flagelos sociales, se asocia durante la guerra al combate pacifista y lo levantan las feministas patriotas que piensan haber dado pruebas de su valor (92).

LA CUESTIÓN FEMENINA

La Gran Guerra, con las ausencias de muchos hombres en los hogares, supuso una brecha por la que penetrarían los discursos feministas, con el claro ejemplo británico de reacción contra la moral victoriana. Este, junto con la influencia del feminismo francés y estadounidense, había penetrado en la España decimonónica (Concepción Arenal, Pardo Bazán) y se consolidarán a lo largo del primer tercio del XX. En palabras de Thébaud, “[d]urante la Primera Guerra Mundial e inmediatamente después de su finalización se extendió

JARDÍN DE DAMAS CURIOSAS

I

Tu carta me indignó, querido sobrino, y de veras te digo que ha sido necesario el peso de toda mi filosofía y la tranquilidad de mi experiencia en este achaque de las indignaciones repentinas para no saltar lo mismo que una furia ante las afirmaciones tuyas, ridículas, viejas de toda vejez, más pasadas de moda que mi ilustre personalidad y... «a todas luces injustas» (estilo parlamentario).

Con todo transigiría yo... (bueno; con todo... menos con muchas cosas, claro está); con todo, menos con que pretendas ganar la batalla que tienes entablada con tu mujer (o que tenías cuando me escribiste, pues creo piadosamente que para estas fechas ya la habrás **perdido alegremente**); que pretendas ganarla, digo, sacando a relucir la opinión de los filósofos cuando de mujeres se trata. Mira. Cuando quieras, como ahora por lo visto quisiste, decir alguna perrería de alguna mujer, dila tú solo por tu cuenta y riesgo; atrévete y ponla como hoja de perejil (probablemente no te faltarán razones); llámala lo que a ti te parezca que ha de dolerla más... pero no te agarres para ello a ningún filósofo, no te escudes con Schopenhauer ni te escondas detrás del chinche de Moebius ni del loco de Weininger...⁶

Ten tú solo el «valor de tus actos», ten siquiera la belleza de la... originalidad, y cuando mucho se te derrame la bilis, sacúdeles a las mujeres de firme... (mejor será **que le sacudas** a una sola y dejes a las otras en paz)... pero todo ello por

⁶ Arthur Shopenhauer, filósofo alemán decimonónico de corte pesimista que postuló que este es el peor de los mundos posibles y la menor inteligencia de la mujer respecto al hombre en *El amor, las mujeres y la muerte* (1819). La alusión a Moebius es con toda posibilidad al médico psiquiatra alemán del XIX Paul Julius Moebious, quien en *La inferioridad mental de la mujer* (1904) propuso también la idea que queda reflejada en el título basándose en los rasgos fisiológicos y mentales. Como curiosidad, Carmen de Burgos tradujo y prologó este libro de Moebius. Otto Weininger, filósofo austriaco decimonónico, es conocido por su tratado *Sexo y carácter* (1903) donde expone sus teorías misóginas.

tu propia cuenta, por tu propia boca (creo que te bastará la boca), y no por boca ajena o «boca de ganso». . . Y conste que no les falto a los. . . «pensadores».

Yo no dudo, ni lo dudaré mientras no vea lo contrario, que tú tienes razón que te sobra en tus diferencias con tu elegida; pero tus lamentaciones resultan denigrantes para todas las mujeres en general, y esto de los palos de ciego es una injusticia muy grande. Verdaderamente, los hombres sois muy divertidos, y hasta en vuestros lamentos resultáis de un egoísmo encantador. Un varón se enfada con su esposa, solo Dios sabe por qué, y al destemplarse el buen caballero se pierde en amargas diatribas contra todas las mujeres, y en realidad el bueno del esposo no se enfada con la mujer suya, sino con las mujeres en general, a las que confunde miserablemente en una sola maldición. Lo que no impide que cuando tocan a alabanzas singularice de la manera más agresiva y le adjudique a su esposa la exclusiva de todas las perfecciones.

No, joven; «templa tu ira». La soberana justicia queda por los suelos con ese sistema. Porque yo no digo que las peleas entre ellas y vosotros, es decir, entre mujeres y maridos, no sean producidas la mayor parte de las veces por el choque fatal entre dos temperamentos tan distintos como resultan entre sí **los del hombre y la mujer, y que, tal vez por eso mismo, ofrezcan esas batallas un muy parecido carácter de generalidad en los defectos nuestros.** Pero. . . ¿no te has puesto a pensar en que es muy posible que ellas piensen de vosotros otro tanto? Es decir, que si nosotras hubiésemos tenido un filósofo a nuestra medida que se hubiese dedicado a poneros a los varones como indudablemente merecéis y de la manera más profunda hubiese tenido el gusto de analizaros como bárbaros, egoístas, crueles, injustos. . . etc., etc., nosotras no hubiéramos dejado nunca de apelar a su testimonio en contra de vuestras muy discutibles acciones, y al reñir con sus

maridos, las esposas saldrían diciendo muy ufanas: «¡¡Si esto estaba previsto; si esto ya lo dijeron Fulanoff y Perenganini; si los hombres son una especie de gorilas mal domesticados y nosotras unos seres ultracivilizados y perfectísimos...!!»⁷

Claro que no tendrían razón al decirlo, porque ni ellas mismas creerían en la infalibilidad de sus filósofos predilectos; pero fíjate un poco en que, si lo dijeran, ello no significaría al fin sino una muestra más de cariño hacia su esposo. Mal de muchos, consuelo de bobos, dice el adagio. Y convengamos en que tanto nosotras como vosotros, en esta ocasión somos de una bobería sorprendente. Por egoísmo lo somos. No queremos ni figurarnos que nuestros «elegidos» sean una excepción de mal carácter entre los demás mortales, y cargamos contra los demás mortales como poseedores de idénticos vicios.

Ahora, cuando llega el caso en que la fiera se domestica y se suaviza, entonces somos felices, digo, sois felices. No es que les perdonéis la vida, ni menos la fama, a las demás mujeres, sino que os dais por muy contentos con que la vuestra se haya amansado, y la tenéis por una honrosísima y halagadora excepción.

Figúrate, querido sobrino, en qué situación quedan las demás mujeres. Sobre todo las que, como yo (pinto el caso), no tienen esperanza de que jamás, ni siquiera momentáneamente, se haga una excepción en su favor. Las esposas están a las duras y a las maduras. Las insultáis generalizando, y ese insulto nos alcanza a todas, casadas y solteras. Y a la hora

⁷ Desde el principio de la novela queda clara la temática de las relaciones entre hombres y mujeres, ya con la innovación de emanar desde la perspectiva femenina. De esta manera, el matrimonio, como gran protagonista de un debate social y literario que venía de antiguo y ganó peso en la Ilustración y el siglo XIX, se mantiene como objeto de discusión, de nuevo desde ese prisma de la mujer. Este giro es un cambio muy novedoso y propio de las escritoras del momento, dando pie a la caída de la disputa literaria y cultural —con algunas excepciones— solo en las últimas décadas tras las más recientes oleadas de feminismo, nutridas precisamente por las filósofas que de la Torre no tenía disponibles en el momento de escritura.

de firmar la paz resulta que levantáis vuestra sentencia en favor de una sola, de la vuestra, y las demás nos quedamos gimiendo bajo el peso de vuestros insultos pretéritos... ¿Hay o no hay motivo para que las solteronas aborrezcamos a los hombres, y hasta a las mujeres?⁸ ¡Y no digáis luego que somos biliosas y endiabladas! Somos personas ofendidas, nada más; ofendidísimas desde siglos hace, sin que en todos esos siglos nos haya llegado un triste desagravio por todas las ofensas recibidas. Riñe un matrimonio, y a nosotras nos llega un insulto. Se apacigua, y a nosotras... no nos llega nada. El silencio es el encargado de decirnos que por entonces no nos ofenderán de nuevo en un buen rato.

He ahí, sobrino mío, uno de los motivos de mi indignación para contigo, y uno de los errores tuyos al hacerme partícipe de tus desavenencias conyugales.

¡Arréglate como puedas con esa fiera, niño, que al fin y a la postre ella fue, es y será seguramente la encargada de hacer tu felicidad en este redondo planeta!

Por lo demás, te aconsejo calma (esa calma que se aconseja siempre a los que son incapaces de tenerla y en las ocasiones menos propicias). Calma, pues, y no te lamente muy amargamente. Corremos el peligro de convencernos a nosotros mismos de que somos muy desgraciados, y eso no conviene... ¡Cuesta luego mucho el «autodesautorizarse», conviniendo en que fuimos unos majaderos y nos equivocamos de medio a medio!

Y sobre todo... no maldigas la hora tal ni la hora cual, ni pasada ni futura.

Porque como no sea la de la muerte, todas tienen algo de agradable... ¡Y hasta quién sabe si la muerte misma no será

⁸ Guiño autobiográfico a la propia situación de Matilde de la Torre, que tras el desengaño amoroso y boda infructuosa con su primo Sixto Gutiérrez Cueto quedó en una situación análoga a la de la mujer soltera o viuda, en el sentido de sola, desparejada, si bien con la indudable ventaja para la época de la emancipación.

algo bueno y sus miajitas voluptuoso!... Observa tú, mi sobrino querido y predilecto, cómo aquellos que hablan de amor (sobre todo, si se ponen muy cursis, que sí suelen ponerse) son aficionadísimos a hablar también de la muerte. La toman por testigo, por símbolo, por comparación, por prueba, por recompensa a veces, a veces por venganza, por descanso otras... y, en fin, de ella usan como de cosa complementaria del amor, como si a su sombra siniestra el amor se sublimizara y alcanzara las fronteras de lo infinito... (¿Eh? ¿Qué te parece de mi elocuencia? ¡Ah, si yo hubiera llegado a «ama»! ¡Qué partido tan grande hubiera sacado de la poesía! Me figuro a mi consorte llorando a lágrima viva. Pero, amigo mío, entre esos dos hermanos gemelos, el amor y la muerte, yo tendré que apenar, mal de mi grado, con el segundo nada más, y ya te diré para entonces cómo andamos de voluptuosidad en aquel estrecho término.)

Pues te iba diciendo que no maldigas de hora ninguna. Todas las horas son buenas mientras son horas, es decir, mientras las oyes dar en los relojes. Y si en una de ellas te duelen las muelas o te pelean con tu mujer, en otra se te cura el dolor y te reconcilias con tu esposa. Quiero decir que el remedio de una hora está en la hora que le sigue, y de ahí que me parezcan a mí mal las desesperaciones; y el que no puede pasar una hora y se tira a un río de cabeza para no ver la siguiente, no me parece hombre sensato. Las horas son como los alacranes, malamente comparadas. Si uno de estos buenos bichos te pica, le coges, te le pones de cataplasma y te curas. Así, el daño de una hora con otra hora se cura. En cuanto al medio de hacer cataplasmas con las horas, no me parece difícil. ¿Qué otra cosa hacemos toda la vida sino cataplasmas de tiempo? El caso es darse cuenta. En cuanto a mí, me parece que vivo debajo de una montaña de linaza con leche y azafrán.

Y lo que dijimos al principio, de que si tu mujer tiene los defectos que el filósofo acusó en todas las mujeres... Eso no

puede pasar de ninguna de las maneras. Además de que, en realidad, no tiene gran importancia la opinión de los filósofos. Y yo tengo el atrevimiento de decirte que ni la de los santos tampoco⁹. Unos y otros hablaban de lo que no sabían, o sabían poco o sabían mal. Y luego, que eso de hablar mal de las mujeres no es tampoco privativo de los filósofos y los santos. En todo tiempo, desde Adán acá, ha sido costumbre de los varones el atribuirles a las mujeres la culpa de los males que ellos se buscan hasta con un candil.

Ya sabes tú que mucho antes del año de la Nanita¹⁰, en los buenos tiempos paradisiacos, era moda «el faltarle a las señoras». Pero como no se encontró a mano más que a una sola¹¹, aquella infeliz tuvo que cargar con todas las culpas, y se echaron nada menos que de todos los males que fuesen acaeciendo en el transcurso de los siglos.

Luego, a medida que los hombres se propagaban, y aumentaban, por lo tanto, sus calamidades y discordias, dieron en arreciar en sus invectivas y lamentaciones contra sus fieles compañeras de destierro... ¡Es tan consolador eso de saber quién es el causante de nuestros males y contra quién debemos revolvernos, que, la verdad, hasta se sufre menos!...

Andando los siglos, hubo filósofo que llegó a plantearse muy seriamente la cuestión de si la mujer poseía o no poseía un alma como el hombre. Y hasta en un concilio se trató concienzudamente de tan amenísima y honrosa duda¹².

Verdaderamente, la cosa fue como para que la poca o mucha alma que nos adjudicasen se nos cayera a los pies. Gra-

⁹ Denuncia clara del origen de la discriminación de la mujer en los poderes intelectuales y religiosos.

¹⁰ Hace muchos años.

¹¹ En referencia a Eva del libro del Génesis.

¹² Alusiones difíciles de identificar. Filósofos que han puesto en duda o, al menos, problematizado la existencia del alma de la mujer han existido desde Aristóteles hasta los coetáneos de Matilde de la Torre, pasando por Tomás de Aquino. Sobre el concilio, tal vez sea una alusión al debate sobre la mujer en el II Concilio de Macon (finales del siglo VI).

cias sean dadas a que la verdadera filosofía reside «cabe»¹³ las mujeres, que no se inquietaron entonces ni se inquietan ahora por tan leve cosa. Bien considerado, es muy posible que se sonrieran entonces, como ahora se sonríen, de todas estas fútiles e ineficaces precauciones que se tomaron contra ellas, como se toman inútilmente contra la muerte... ¡Mientras haya microbios!, ¿verdad?

Y luego que hemos de tener también en cuenta lo remoto de aquellos tiempos del insulto «ancestral». Y habiendo como hay de todo en la viña del Señor, solo Dios sabe qué clase de mujeres se echarían a la cara aquellos buenos padres y filósofos. Así como así, aun ahora mismo, en medio de las luces eléctricas, los trenes y las bicicletas, nos avistamos con cada personaje que daría bastante que pensar a filósofos y concilios.

Siguieron andando los siglos (porque no tienen otra cosa que hacer) y trajeron con los modernos tiempos a los modernos pensadores; los que, sin duda, no teniendo cosa de más provecho en qué pensar, se pusieron a considerar profundamente cuan graves y calamitosas resultaban estas compañeras de camino que Dios se sirvió otorgarles quién sabe si en un momento de buen humor. Estos filósofos arrastrados fueron los que a vosotros hicieron más **daño, porque os hablaron** en un lenguaje llano y científico-tabernario (con lo que os demostraron que dudaban de vuestras entendederas «por lo fino»), y este lenguaje os pareció el colmo de la sensatez y de la claridad, aun viniendo de unos señores que eran más oscuros que una noche de truenos... sin relámpagos.

Y total: todo lo que esos señores dijeron, lo aprendieron malamente en los libros ajenos. ¡Y en qué libros, santo Dios! ¡En los libros de los monjes ascetas, que no decían cosas a derechas!... Y esto no lo tomes como herejía, no. Los ascetas que escribían desde los desiertos (¡mira tú qué lugares más

¹³ Junto a.

propicios para adquirir experiencia del mundo y las mujeres!), pues escribían inspirados por Satanás en persona. Sí; no lo dudes. Satanás les tenía una tirria espantosa a los monjes cenobitas. Y para hacerles rabiar y ponerles en peligro de irse a los profundos, les sugería visiones alarmantes... Allí estaba el Malo soplándoles demoñuras a la oreja, sin dejarles vivir ni descansar... Y como ellos a todo trance querían salvarse, y las imágenes que el diablo les presentaba tenían casualmente trazas de mujer... pues ahí ves tú a los pobres eremitas agarrándose a las plumas a escape y poniendo verdes a las infelices mujeres que estaban tranquilamente a doscientos kilómetros del lugar del suceso. Ve tú, pues, aquí un caso bien definido de miedo insuperable, eximente, según los tribunales de justicia.

Antes del advenimiento de estas peregrinas ideas sustentadas por algunos monjes de los desiertos y algunos filósofos de los poblados, las mujeres no teníamos más importancia que aquella estrictamente natural... (Aquí quiero poner un punto aparte para decirte que a mí me parece que aquella importancia estricta es, en realidad, la misma que hoy rige, y que la mujer ejerce su poder cuando ha de ejercerlo, si es que posee aquellas cualidades físicas y morales que eran estimables en tiempo de [Buda]).

Tú, que eres orientalista y te has embaulado el Mahabharata y el Ramayana¹⁴, estarás muy bien enterado del papel simpático y soberano que representaban por entonces las mujeres. Significaban felicidad, premio, belleza, dulzura... Aquello debía de ser el paraíso en la tierra, y entendieron el carácter femenino tal como hoy mismo constituiría el ideal de la humanidad.

Pero, como te iba diciendo, me parece que los exagerados temores y las excesivas medidas asépticas de los aprensivos místicos, complicados luego con los desaprensivos filósofos,

¹⁴ Largos poemas épicos y mitológicos de la tradición india del tercer siglo a. C.

echaron a perder estos ideales de vida y felicidad. No te ocurra la idea de que toda esta monserga histórica que te estoy espetando tan a traición sea sugerida por el pesar de no haber nacido en aquellas épocas felices... ¡Ay!, sobrino, yo creo en la fatalidad, en la predestinación y en otras varias zarandajas a cual más **triste; de donde deduzco que si yo hubiera nacido** en aquellos tiempos lo hubiera hecho siendo portadora de la misma faz que hoy me asiste, de los mismos pies y de la misma traza sospechosa. Con lo que es muy posible que no hubiera llegado ni a la primera juventud, pues en plena niñez me hubieran sacrificado al simpático Moloch¹⁵ de la más sencilla manera, a menos que el buen dios no hubiera protestado con indignación del regalo que querían hacerle. De modo, sobrino, que puedes estar seguro de que yo no me lamento por cuenta propia, sino por cuenta de las mujeres en general. Porque al advenimiento de otras civilizaciones más egoístas, más exigentes o más impacientes, perdió la hembra su **carácter de benignidad y pasó a ser un estimable demonio**, del que había que huir a uña de caballo.

Sin embargo, como esta raza de malditos que puebla la tierra, por muy maldita que sea quiere continuar viviendo, no ha habido más remedio que apenar con esta hembra infeliz, que a tan triste papel vino a parar, y medio a regañadientes la han admitido a la colaboración de la obra importantísima de continuar aburriéndose por los siglos de los siglos...

De veras te digo, sobrino de mi alma, que si las mujeres no fuésemos todo lo bondadosas que somos, de ira y de despecho nos hubiésemos muerto al ver tamaña ingratitud... ¡Como nuevas nos «habéis» puesto, de necias, de inútiles, de absurdas... y de feas! ¡No parece sino que acabáis de llegar de otro planeta desconocido, donde las mujeres fuesen diferentes y mejores que nosotras...!

¹⁵ Antigua deidad cananea vinculada con el sacrificio de niños a través del fuego.

¡Pero aquellos buenos padres y filósofos (que en punto a utilidad fueron muy discutibles y en punto a fealdad creo que debieron de ser indiscutibles) se juzgaron con derecho a despreciarnos soberanamente, y, lo que es peor, dejaron el camino expedito para que lo hicieran los que venían detrás!

Nosotras nos resignamos... ¿Qué hemos hecho sino resignarnos desde que nos crearon?

Pero aquí me tienes a mí, que si mal de mi grado tuve que resignarme a muchas cosas, precisamente en la tan grande empresa de resignarme gasté ya todo el caudal de resignación de que disponía, y ahora me considero con derecho a no gastar más que un genio malísimo y a no tolerar que una mosca se me pose en un hombro siquiera, ¡cuanto menos a sufrir que se hable mal de nosotras por boca de ningún varón!

No me extraña, no, que las solteras añejas sean las más sufragistas de las mujeres. Todo se sufre de buena gana mientras se conservan esperanzas de vengarse de vosotros en terreno favorable; pero cuando estas esperanzas desaparecen tras del horizonte; cuando, ¡ay! (seamos tiernos), el sol se pone en nuestros dominios; cuando..., en fin, nene, cuando se es soltera a rabiar, como yo lo soy..., dígame que el afán de justicia y de reivindicación surge hasta por la punta de los cabellos y dan ganas de entrar a tortas con todas las mentiras y las filosofías y los ascetismos... Vamos, que se vuelve una absolutamente iconoclasta.

Yo no pido el voto, pido la verdad. No es pedir poco, pero... ¿qué menos ha de pedir un ser que «pasó» a racional? Cosa difícil es esa de la verdad. Ya Pilatos, dicen, que preguntaba por ella con mucho apuro¹⁶. Mas, si no presumimos de encontrar la purísima verdad, por lo menos aspiramos a darle un disgusto a la mentira. Y como mujeres, a las mentiras contra nosotras.

¹⁶ Poncio Pilatos, prefecto gobernador de Judea en tiempo de Jesús de Nazaret, al que —según el evangelio de Juan— preguntó qué era la verdad.

Mira: es en la vida una mujer precisamente lo contrario que un filósofo. Y ¡ay de vosotros si no fuera así! Él duda y destruye. Ella crea y vivifica. Él representa el papel de la muerte, matando ilusiones. Ella el de la vida, infundiéndolas aliento...

Recriminan los varones sesudos a las mujeres su falta de iniciativa, de talento y de constancia... Pero, ¡¡señores filósofos!! Si las mujeres tuvieran esos grandes cerebros que las pedís, si fuesen capaces de grandes lucubraciones y de profundos análisis, científicos o filosóficos... ¿serían tan útiles, necesarias y agradables como son? ¿Acaso no sería monstruoso el torvo espíritu de Schopenhauer encarnado en una mujer? Schopenhauer, como hombre, fue algo logrado. Demolió creencias, amarguró ilusiones... Un hombre puede hacer todo eso sin pasar por un monstruo. Una mujer dedicada a esa tarea sería algo infernal y pesadillesco. Contraveniría las leyes fundamentales de la naturaleza.

Toda la inconsciencia que le echan en cara, toda la imprevisión, toda la ceguera, todo el apasionamiento, todo el desequilibrio, ligereza y alegría, todo el estúpido optimismo que se quiera... todo eso junto es menester para que una mujer sea una buena mujer, capaz de defender el sagrado de la vida, y de hacer frente a las acometidas de [Tolstói]¹⁷ o de Schopenhauer.

No trato de pintar aquí a tu mujer, no te alarmes. Tú eres el que en tu carta la acusas de tales cualidades. Porque cualidades son, no te quepa duda, todos defectos que la acumulas... Vamos a ver. ¿Qué te parecería a ti si de la noche a la mañana apareciera tu esposa con un talento maravilloso (con eso que vosotros y otros llamáis talento y que no es más que amargura de la vida) y se pusiese a analizarte poco menos que con un microscopio y cayera en la cuenta de tus defectos

¹⁷ León Tolstói, autor de las cimas del realismo decimonónico ruso *Guerra y paz* y *Ana Karenina*, ha sido descrito como misógino en numerosas ocasiones.

(que alguno tendrás, no te quepa duda) y se pusiese a considerarlos y a despreciarte filosóficamente? ¿Y si mirase a los niños como unos infelices continuadores de mil calamidades que ya vosotros heredasteis y...? ¡Qué sé yo, me parece que la primera peseta que cayera en tus manos la emplearías en comprarte un buena soga! Pero no te comprarás la soga nunca, porque tu mujer es alegre, sencilla, imprevisora si quieres, pero optimista, no se preocupa del mañana porque cree que está casada con la Divina Providencia en persona... y esto ha de halagarte a ti y hacerte feliz, mucho mejor que si la diera por analizarte como a un escarabajo.

¿Es que puede ser de otra manera una mujer? ¿Es que con menos vehemencia y arrebato, con menos tranquila imprevisión heroica y alegre podría llevarse a cabo la obra de la humanidad? Decía Schopenhauer que la trivialidad de la mujer quedaba demostrada con el hecho de pasarse horas y horas loqueando con un niño.

Y quería que nos figurásemos a un hombre en el mismo caso.

Ciertamente. Es muy posible que la criatura confiada a las caricias y mimos de un hombre se criase triste y aburrida en grado sumo...

Pero es que un niño, al fin, es la obra más perfecta que puede producirse, y no puede cuidarse sino como la mujer le cuida, con todos esos arrebatos, con todas esas locuras... completamente necesarias para que el niño crezca alegre y sano de espíritu, para que lo primero que aprenda sea a reírse y confiarse, para que la vida sea a sus ojos una visión de amor y de alegría... Si al niño le faltasen las divinas locuras de la madre en toda su íntegra trivialidad, y con todo su irracional optimismo, es muy posible que la especie humana no subsistiese muchos siglos. Las generaciones criadas y educadas en régimen de inclusa o de casa de caridad, con la frialdad oficial de las teorías de puericultura filosófica, es posible, es

seguro que no tendrían de la vida el concepto engañoso y salvador que les infiltra su entrada en ella bajo los auspicios de la maternal locura optimista.

Y si la obra de cuidar a un niño es tan grande y trascendental no hemos de considerar como trivialidad inútil el entusiasmo necesario para llevarla a cabo.

Tu pobre y bendita mujer te vio entrar en casa el domingo hecho una triste visión del fracaso. Te habían dado un disgusto, grande según tú, chico según ella, puesto que no lo quiso tener en cuenta y se marchó a loquear con el chiquitín... Y tú te enfadaste horriblemente. Y ella no te hizo mucho caso tampoco. Por fin, «... y como haciéndote un favor, cuando el favor se lo hacías tú a ella con juzgarla digna y capaz (¿?) de comprenderte, se resignó a escuchar tus lamentos, y al cabo de un rato de no pensar en nada (eso lo crees tú) salió diciendo que todo aquello era muy tonto y que no valía la pena de ocuparse de ello».

Pues mira tú, sobrinito... tu mujer tenía mucha más razón que tú. Que te hubiera visto ella entrar por la puerta entre cuatro camilleros, y allí la verías bien acongojada, porque no era para menos. Pero te ve entrar sano y salvo, poseído nada más de un disgusto muy grande... y casi tiene completa razón en no querer escucharte. Porque si se interesa mucho en tus cosas y te oye y se indigna contigo... ¡qué digo! Supongamos que es una mujer «perfecta y consciente» y... se indigna mucho más que tú todavía, porque su sensibilidad es universal...

Y de todo este compañerismo resultaría que luego el chiquitín mama un berrinche y agarra un cólico y fallece; ¡fallece, sí, porque los niños son también muy sensibles! Y ve tú, mi querido sobrino, por dónde el disgusto que a ti te dio Manolo no fue tal disgusto, sino un asesinato, puesto que te mató parte de la familia. Una especie de carambola por tabla y con preparación.

Los disgustos, amado Teótimo, llevados a la mujer se agrandan en proporción geométrica. Para ti fue un berrinche más o menos remediable. Para tu mujer un disgustazo tremendo, porque es más sensible que tú. Y para el criuco¹⁸ infeliz, la muerte en persona, porque es mucho más débil y más sensible que tú y que tu mujer.

Ahora que, gracias al instinto salvador de la buena esposa que Dios te deparó, nada llegará **hasta este extremo desesperado**. Ella te ve entrar con muy mala cara. Te pregunta qué te pasa. Tú, después de suspirar, la dices que tal cosa, y nombras a don Manuel... Y ella, en cuanto oye nombrar a don Manuel, se marcha a otra parte y no atiende más... ¡Porque a don Manuel no le concede ella beligerancia, porque no le «autoriza» de ninguna manera para que interrumpa su vida pacífica con majaderías! ¡Entre la salud de su nene y las necesidades de Manuel, ella se queda con el nene y te deja a ti que te las hayas como puedas con el otro... [!]

Esto es todo, sobrino mío. Cuestión de instinto, nada más. Y si ni tú ni tu mujer lo habéis advertido, yo te lo advierto desde mi trono de Cabezón de la Sal¹⁹. ¡Qué afán **tenéis vosotros** de buscar en la mujer a «la compañera»! Pero no a la compañera natural, sino a una especie de socio comanditario sobre quien descargar cuanto disgusto os dan por la calle. La casa debe ser un consuelo para el varón, convenido; pero solo en cuanto a hogar, no en cuanto a entidad social. Es mucho pedirle a la esposa que comparta vuestras preocupaciones, se altere con vuestros disgustos callejeros y lllore cuando a vosotros os ajan el amor propio...

Sí debe disgustarse algo, pero a su medida nada más. Todo ha de tener en la naturaleza sus proporciones propias para

¹⁸ Ejemplo de algunos de los giros propios de Cantabria que aparecen en la novela, en este caso el muy común diminutivo en -uco.

¹⁹ Otra pista autobiográfica que permite hablar de Pulqueria como *alter ego* de Matilde de la Torre.

que resulte el equilibrio. La sensibilidad de tu mujer tiene su campo propio, y no debe sacársela de él.

Sin que esto sea negarle inteligencia ni capacidad a tu mujer ni a ninguna mujer que se encuentre en su caso. Porque el comparar con desventaja para la mujer su acción social con la del hombre que muere en la guerra o trabaja en el laboratorio, es no darse cuenta de la armonía de la naturaleza, es no abarcar con sereno golpe: de vista el todo, el conjunto, la unidad perfecta en que las cosas fueron creadas, unidad y armonía que luego nosotros (es decir, vosotros; a mí no me remuerde la conciencia de ningún crimen «activo») habéis destruido.

Los campos de acción del hombre y de la mujer son distintos y están bien deslindados por la naturaleza. Consideremos la humanidad como un individuo solo en equilibrio... ¿Quién se atrevería a reprochar a las manos por no ser los ojos, al corazón por no ser el estómago?...

La mujer, con su debilidad unida a su vehemencia, con su fuerza sensitiva, su enérgico optimismo y su concepto único, absorbente y absoluto del amor, es complemento, armonía y equilibrio de la fortaleza, la acometividad, la iniciativa y las facultades investigadoras del hombre. La armonía de acción entre el hombre y la mujer es perfecta, porque se desenvuelve en distintas esferas; pero en igual sentido en cuanto a la conservación de la vida.

Para una mujer, una casita es un mundo; una maceta es un parque de Sevilla; un rincón es un alcázar; un niño es la humanidad; un canario, una ópera de Wagner.

Y con toda esa fantasía que suple a la pequeñez de las cosas se equilibra y completa la amplitud de las miras y empresas del varón, que abarcando la obra en su conjunto, no cuida los detalles, que son la esencia de la vida misma. Se ocupa de la humanidad y es incapaz de cuidar un niño; traza el conjunto del edificio y no se detiene en labrar cada piedra;

diseña grandes parques y se le seca un alhelí en una ventana; compone una ópera y en casa no entona ni una mala copla con que se alegre la chiquillería. Y es bueno comprender que en esta sinfonía de la vida todos los sonidos son necesarios y todos los valores importantísimos, hasta el punto de significar tanto en la humana felicidad los alhelíes de las ventanas como los parques de las ciudades, y tener más **transcendencia** el Mambrú que se canta en casa como el Tristán en el teatro²⁰.

No creas a la mujer ciega y sorda porque su labor sea más nimia y silenciosa que la vuestra. Bien observada cada circunstancia y ponderada la relatividad, hay en la vida de tu mujer más serena filosofía que la derrochada en tinta y papel por esos mundos de Dios, más **abnegación que en los sacrificios** heroicos que andan por ahí escritos, más valor que el necesario en las batallas y más **dotes financieras y diplomáticas** que las acreditadas hasta el día.

¡Y tú te escudas en el señor Nietzsche²¹ para clamar al cielo, «cuando ves un santo aparejado con una gansa»! Poneros en el caso, tú y tu amigote el filósofo ese tan intemperante, de ver a muchas santas aparejadas con algunos gansos...

Pero yo sé bien que tú no clamás con Nietzsche más que en los momentos en que te peleas con tu esposa. Cuando estás en paz con ella no le mandas ni recuerdos a semejante cuervo, ¿verdad? ¡Pobre de él, creo que «**también era solterón**», ay!

Además, sobrino, yo creo de buena fe que Nietzsche clamaba al cielo al ver un hombre aparejado con una mujer, fuera o no fuera gansa. Si en vez de ser la mujer como es fuera de otra manera, también clamaría el buen señor al cielo

²⁰ “Mambrú se fue a la guerra”, canción infantil popular. *Tristán e Isolda*, drama musical del célebre compositor alemán Richard Wagner.

²¹ Friedrich Nietzsche, filósofo alemán que supuso una revolución en la filosofía del XIX, padre del nihilismo y como los demás filósofos mencionados considerado misógino, es autor entre otras obras de *Así habló Zaratustra*.

y al infierno, porque, en resumen, lo que parece molestarle a él y a otros filósofos (y no filósofos) es la mujer misma, la inevitable, inmanente, inalienable «fémina», con todas sus características. La Filosofía es una ciencia viril... ¡Chitón!

Es curioso ver cómo pierden los estribos los hombres más eminentes cuando de mujeres se trata... ¿No te has fijado? Sí, seguramente. Y también es muy posible que te ocurra lo que a mí cuando leo algún libro místico o filosófico en el que les zurren a las señoras. Siempre creo ver al autor hecho un basilisco, y hecho además **un carcamal espantoso**, escribiendo con la contera de una muleta y mojando la pluma en Opopodock, ¿verdad?²² Y esto, aunque me conste que el filósofo estaba en sus verdes años cuando se entretenía en tan amena tarea. ¡Hay cosas que no podemos comprender los mortales vulgarísimos y antifilosóficos!...

Es observación corriente la de que se ama más la vida a medida que con los años crecen las probabilidades de perderla. Y la idea de la mujer debe aparecer en esas imaginaciones viejas, no ya como seducción engañosa, sino como agente de destrucción de la vida física... Creo que el odio que demuestran muchos filósofos viejos hacia las mujeres no es hijo legítimo de la filosofía, sino grito de la materia, que se vale de razones filosóficas, cuando las posee, para dolerse de las pasadas dádivas con que cree haber amenguado su caudal de vida y energía.

Ten en cuenta que un filósofo viejo es también, y principalmente, «un hombre» viejo, un hombre infinitamente más viejo que los demás viejos y que los demás hombres.

²² Este tipo de humor, sofisticado pero a la vez incisivo y a veces con saña, es característico en la obra de Matilde de la Torre. Hace un retrato decadente del prototipo de intelectual de cierta edad que ya es incapaz de escribir correctamente pues trata de hacerlo con el remate de la muleta en que se apoya mientras que moja la pluma en un linimento, en concreto el Opopodock, atribuido a Paracelso, empleado para el tratamiento de la artritis y otros problemas de articulaciones. Queda insinuado que la decrepitud física va en paralelo con la de su pensamiento.

A Dios gracias, el testimonio de los filósofos no es indiscutible, ni sus amargas diatribas logran formar escuela. Son las suyas unas razones poderosísimas que todos los días ruedan de hecho por los benditos suelos. Cuanto más demoledora es una doctrina, cuenta con menos adeptos, aunque cuente con muchos admiradores. El instinto del hombre se separa de aquello que puede destruir en él una fuerza vital, que puede privarle de una fuente de energía sin sustituirla con otra cosa más grande. Por eso sucede tal vez que las especulaciones puramente filosóficas, por amargas, verídicas y «probadas» que ellas sean, no logran amenguar visiblemente el amor que la humanidad se tiene a sí misma.

No sucede lo mismo con las razones místicas, las cuales, tal vez por no ser razones principalmente, arrastran las energías del hombre en un sentido determinado. Así puede fray Luis de Granada arrastrar vidas a los monasterios; pero pocos irán a los yermos en nombre de Schopenhauer. También aquí el instinto salvador de la vida se declara por los fueros de la vida, sean terrenos o ultraterrenos, y solo concede que esta existencia sea amarga, penosa y digna de abandonarse a cambio de otra feliz e imperecedera.

Y en cuanto a que las ideas de los viejos sean más verídicas que las de los jóvenes... Aquí también vamos a declararnos iconoclastas, niño, ¿no te parece? Y cuenta que al hacerlo mi heroísmo queda bien patente... ¡No; esa clarividencia atribuida a las ideas de los viejos no es cierta siempre! Vamos a ver. ¿Tú te acuerdas de don Celso? Sí te acuerdas, claro está. Pues era viejo, sí; y había sido hombre de letras, es indudable. Y se le tenía por un oráculo.

Pero debemos convenir, en justicia, que nosotros no le oímos decir nunca sino majaderías. Tenía la manía de la experiencia. Y, en resumen, lo que tenía eran ochenta años, un chal verde, un ladrillo a los pies y... pare usted de contar. Las sentencias que daba, en cuanto a lo humano y lo divi-

no, eran tan desatinadas como lo hacían esperar su chal y su ladrillo. Todo eran amarguras según él, porque, en efecto, para él no había más que amarguras. En sus verdes años se casó y tuvo doce o catorce hijos... conocidos. A los ochenta años decía que el amor era una estupidez y los hijos una desdicha o dos docenas de desdichas. Pero yo me sonreía entonces y me sonrío también ahora... ¡Ah, viejecito sabio, si ahora te volvieras de veinte años! A Turquía te ibas a vivir, por aquello del harén.

Y como ese viejo, muchos viejos, casi todos ellos. ¡¡Eso de que ellos poseen la verdad...!! Viven, eso sí, en un plano distinto de la verdad que aquel en que los jóvenes viven; pero no en plano superior. Del hombre viejo diremos lo que del filósofo: es también un hombre. Devolvedle toda su juventud junta con su experiencia almacenada, y se tornara en «un hombre» nada más. El mito de Fausto nos revelaría, bajo este punto de vista, que en la vida, ciertamente, no todo es mentira, sino que todo es verdad: amores, ilusiones, ambiciones, gloria, juventud, riquezas, salud, entusiasmos... así como los dolores, las penas y los desengaños. ¿Por qué ha de ser más «verdad» aquella que impulsa a escribir un libro de verdades que aquella que impulsa a escribir un libro de sonetos?

No, no; dejemos a los filósofos y a los viejos «de espíritu» en sus madrigueras y no los saquemos ni en carnaval. Una máxima (pongámonos en carácter). «¡Si quieres vivir en paz, manda a Nietzsche a freír espárragos!» ¿Que no es profunda? ¡¡Y qué más da!! ¡También es preocupación esa de que para encontrar una frase haya que cavar una fosa de seis metros! Mira tú: las flores están **sobre la tierra**. Y las serpientes anidan, con la filosofía, por allá abajo.

Y después de estas sentencias de muerte que acabo de estampar, me voy y te dejo, desesperado sobrino de mi alma. Harto me has hecho discurrir y disparatar por causa de tus peleas conyugales.

Pero no olvides, cuando surja la conflagración matrimonial, que lo más admirable del carácter de tu mujer está precisamente en su imperturbabilidad.

A ella y a las demás mujeres en general no les importan ni les preocupan las opiniones ni los agravios de ascetas y filósofos. Ni leen filosofía; y si por acaso la leen, la comprenden imperfectamente, porque su espíritu no está orientado hacia los boscajes analíticos, sino hacia las claras síntesis puestas en acción.

La mujer (la tuya y la ajena), sorda a las recriminaciones de ascetas, filósofos y desesperados, es una eterna esfinge de la vida. Con su indiferencia parece decirnos a los «clarividentes»: «Seguid, seguid filosofando vosotros hasta que os canséis. Yo no puedo detenerme a escucharos porque estoy atareadísima en criar y cuidar a los que han de sustituiros en vuestra tarea de gritar, analizar y otras inutilidades.»

Y, por fin, no te recomiendo que te reconcilies con tu mujer porque ya llego tarde seguramente; pero sí la voy a escribir a ella una carta aconsejándola un medio diabólico para... No te alarmes. Se trata solo de hacerte rabiar un poco. Y la vieja de tu tía va a poner cátedra, que en esto de las rabietas es muy maestra. ¡¡Ay, si yo llego a pescar marido, cualquier día le dejo hacerse filósofo...!!

Un abrazo de la *seña*

PULQUERIA.